



«Las Edades del Hombre»: efectos sociales y culturales

José Luis Álvarez Álvarez*

1. Su origen y fines

LAS Edades del Hombre es hoy una frase cuyo significado entiende la mayoría sin necesidad de explicación. Es una serie de exposiciones que termina, por ahora, con la de Burgo de Osma. Cuando en 1988 empezó la aventura en Valladolid, casi nadie, ni aun sus propios creadores, pensaron probablemente que el éxito iba a ser tan notable. Tras la primera exposición en la catedral de Valladolid, siguieron las de Burgos, León y Salamanca. Ante el extraordinario interés demostrado por los ciudadanos (pasan de cuatro millones los que visitaron esas exposiciones), y la repercusión de esas muestras, se produjo la presencia en la catedral de

* Miembro del Patronato del Museo del Prado. Notario. Madrid.

Amberes de una exposición en la que se reflejaba el maridaje hispano-flamenco en el arte de Castilla, y en el momento de escribir este texto está aún abierta la de Burgo de Osma.

Se podría decir que «el éxito ha sorprendido a la propia empresa». Lo que ha sucedido es que unas exhibiciones culturales y artísticas, refinadas, intelectuales, minoritarias, han sido transformadas, no por la publicidad, la promoción o el dinero, sino por los ciudadanos corrientes, en un enorme éxito popular. Ésta es para mí una de las conclusiones más notables de la iniciativa: la demostración de que cuando se ofrece verdadera calidad histórica y artística, presentada con talento y cariño, no se está montando una obra para minorías, sino que se está haciendo al pueblo una oferta que éste acepta y aprovecha con entusiasmo. Generalizando un poco más, se comprueba que la cultura y el arte no son aburridos, sino que interesan mayoritariamente. Y si esto es así, puede ser un argumento importantísimo, por ejemplo, para desvirtuar la idea de que a la gente le guste lo zafio, grosero, inculto, en la televisión, y que por ello haya que darle esa serie de programas detestables que se proyectan en nuestras pantallas. ¿No será que quien falla no es el público, sino los que no saben utilizar los medios para transmitir ideas positivas de una forma atractiva? En «Las Edades del Hombre» se han expuesto obras magníficas, bien elegidas, buscadas aunque estuvieran casi ocultas, pero haciéndolas comprensibles, dándoles un sentido, un marco. Estaban hechas por los hombres y para los hombres. Y naturalmente éstos se han interesado por ellas.

Si releemos ahora el primer catálogo publicado en 1988, encontramos las raíces de la idea que ha tenido luego un desarrollo tan fecundo. Entre los objetivos que se proponían, encontramos:

Dar testimonio permanente de la innegable impregnación cristiana de nuestra cultura.

Dejar claro que la Iglesia ha creado y conservado su patrimonio histórico, para ponerlo al servicio del pueblo en orden a su evangelización y al culto, en extensión y calidad tales que constituye la mayor parte del patrimonio cultural español.

Señalar la importancia del legado cultural que persiguió el doble fin de evangelizar por la imagen y el arte en una época en que la alfabetización era escasa, y señalar la relación de la Iglesia y el pueblo cristiano con las ideas de Verdad, Bondad y Belleza.

Poner de relieve la tradición cristiana del pueblo en los antiguos reinos de Castilla y León y reavivar la memoria de la historia.

Destacar la importancia del pasado para el futuro. El futuro, para ser genuinamente humano, debe contener un elemento de continuidad. No hay proyecto

válido de futuro sin recuerdo activo del pasado, no hay esperanza sin memoria y no hay continuidad y desarrollo sin historia.

Esta iniciativa de los once obispos del territorio de Castilla-León, impulsada por muchas personas, fue empujada por la fe y el entusiasmo de un sacerdote, el padre José Velicia, que nos ha dejado hace muy poco, y que, desde el nacimiento de la idea, dedicó todas sus horas a convertir en realidad la misma. Esto no quita ningún mérito a la iniciativa y a los propósitos que quedan señalados en el documento que, firmado por los once obispos de las diócesis de Castilla y León, encabeza el catálogo de la primera exposición de la serie, la de Valladolid. Allí ya se dijeron cosas como:

«La exposición no se puede encerrar estáticamente en un lugar; tiene que desplegar un gran dinamismo cultural y didáctico para implicar en el estudio y en la función estética a muchos grupos y aun a amplias capas del pueblo de nuestras diócesis...»

«Esta muestra es un testimonio permanente de la innegable impregnación cristiana de nuestra cultura... Por eso aparecen en esta exposición las características más destacadas de la religiosidad o piedad popular; los momentos relevantes de la historia del pueblo.»

Y el acierto de los propósitos conectó plenamente con el interés del pueblo, que ha entendido estas exposiciones y ha acudido masivamente a participar de ellas.

2. Referencia a las exposiciones

NO es mi pretensión hacer ahora un resumen de lo que fueron esas exposiciones, pero sí conviene recordar la sorpresa en la primera, la de Valladolid, por la utilización de la catedral como ámbito y lugar de la exposición —básicamente de pintura y escultura y también de orfebrería y objetos de arte— y la aparición, no por desconocidas, sino por olvidadas, de obras de arte extraordinarias conservadas durante siglos, no sólo en las catedrales, sino en pequeñas parroquias o conventos, como el Isembrandt de la parroquia de San Gil de Burgos, el Van Dornicke de la parroquia de Santa María de Becerril de Campos, o los cuadros y alfombra del convento de Medina de Pomar, y tantas otras piezas sacadas a la luz.

Y tras ella, las dedicadas a los libros y documentos en Burgos, o a la música en León, o al contraste, contrapunto, del arte de la Edad Media y el Renacimiento con las creaciones de los artistas actuales

La exposición del arte religioso de Castilla y León eligió como marco las cuatro grandes ciudades de esa comunidad: Valladolid, Burgos, León y

Salamanca, las más pobladas e importantes. Pero recordemos que las otras cinco provincias son también sitios de importancia histórica y artística extraordinaria y que todas contribuyeron con su riqueza artística al éxito. Ávila y Segovia son ciudades declaradas Patrimonio de la Humanidad; Zamora posee bellezas incomparables como su catedral románica, la colegiata de Toro e innumerables obras de arte en sus iglesias y conventos; Palencia es un museo viviente desde los restos romanos de la Olmeda, la iglesia visigoda de Baños de Cerrato, la templanía de Villalcázar de Sirga, o la extraordinaria abundancia de magníficas iglesias románicas; y Soria nos exhibe ahora, con toda justicia, la historia de un pueblo que se remonta en su origen a la época prerromana y que a lo largo de los siglos, y sobre todo desde la llegada del cristianismo, ha tenido una historia cultural rica y poco conocida.

La exposición última de Burgo de Osma tiene un extraordinario y especial atractivo por la existencia de una catedral tres veces reconstruida: la románica, la gótica y la neoclásica, que demuestra el vigor y el valor del arte para una diócesis de una zona poco poblada y no de las más ricas. Pone de relieve, además, la evolución de un asentamiento primero celtíbero, que ayuda a Numancia en su lucha con las legiones romanas, luego romano y por fin castellano y cristiano, cuyos restos exhibidos se remontan al siglo III antes de Cristo, y continúa creándose arte hasta el siglo XIX. En ella vuelve, como en las anteriores, a sorprenderse el visitante de la cantidad de obras de arte, desconocidas no sólo para el gran público, sino para los interesados o estudiosos del Arte. Parecía imposible que tras las cuatro grandes y primeras exposiciones, pudieran salir a la luz nuevos libros, como el ejemplar del Beato dedicado a Eterio, obispo de Osma, tallas, sepulcros como el magnífico, restaurado, de San Pedro de Osma del siglo XIII, pinturas como las magníficas del Maestro de Osma, objetos de culto, orfebrería y tejidos. Esta última exposición pone de nuevo de relieve la enorme variedad y riqueza del patrimonio histórico de la Iglesia en las tierras castellanas.

3. Los efectos de la iniciativa

A estas alturas, después de casi diez años de trabajo y de éxito de las exposiciones, de millones de visitas y de hacer una fiesta y una casi obligación de la visita a esas catedrales convertidas temporalmente en museos vivos, no parece que tenga demasiado interés el relatar sus excelencias o hacer un repaso de las obras más importantes. Cuando se encuentra ya en su sexta edición, quizá lo más útil es reflexionar en las

consecuencias de la iniciativa y de su realización; porque la obra no ha acabado aunque acaben algún día las exposiciones.

Voy, por ello, a señalar algunas de las consecuencias sociales y culturales, e incluso económicas, que han tenido las Edades del Hombre.

La importancia del Patrimonio de la Iglesia

EL reconocimiento, no ya por los expertos, sino por el pueblo, de la extraordinaria importancia del patrimonio eclesiástico, y la labor de la Iglesia como mecenas y mantenedora de artistas, en todas las épocas y durante casi quince siglos sin interrupción.

La idea de la importancia de la cultura ha sido recordada por Juan Pablo II cuando afirma que *«la significación esencial de la cultura consiste en el hecho de ser una característica de la vida humana como tal. El hombre vive una vida verdaderamente humana gracias a la cultura»*. Ya el Vaticano II, en su mensaje a los artistas, dice que *«este mundo tiene necesidad de la belleza para no caer en la desesperanza. La belleza, como la verdad, es quien pone la alegría en el corazón de los hombres»*.

Uno de los más importantes efectos de esta serie de exposiciones es haber servido para dar a conocer una pequeña parte del enorme patrimonio histórico y artístico de la Iglesia. Con frecuencia se han criticado los desmanes cometidos en ese patrimonio, y muchas críticas estaban justificadas. Se han vendido, torpe y a veces ilegalmente, piezas magníficas que brillan en museos extranjeros. Se han hecho obras de reforma inadecuadas, se han destruido, por la ignorancia o la dejadez, piezas excelentes. Pero si se compara cómo han conservado el Patrimonio Artístico las Administraciones Públicas, los particulares o la Iglesia, posiblemente ésta es la que mejor lo ha hecho, sin que esto signifique aprobar ni justificar los errores y las torpezas. El patrimonio conservado es enorme. Y no estamos hablando más que del de una de las diecisiete comunidades, aunque Castilla y León sea una comunidad histórica, cuya importancia apenas tiene parangón, no solo en España, sino también fuera de nuestras fronteras. La Junta acertó también al patrocinar unas exposiciones que ayudan a comprender lo que esa tierra ha significado en la historia y el arte de Europa. Es imposible citar ejemplos, pero los Beatos, los instrumentos musicales de los siglos XV y XVI, los órganos, las esculturas, la orfebrería, las pinturas, las piezas excepcionales de todo orden que ha conservado la Iglesia hasta nuestros días y no sólo en las catedrales o en los palacios, sino en los conventos, en los pequeños pueblos, en las clau-

suras –iesa alfombra del siglo XV de Medina de Pomar, probablemente única en el mundo!–, son un espectáculo sin par y un servicio que hay que reconocer con gratitud.

Es imposible hacer aquí una relación de los bienes expuestos, pero no me resisto a destacar las cosas menos conocidas. En la exposición de León, dedicada a la música, se han ordenado, y en cierto sentido descubiertos, multitud de piezas musicales conservadas durante siglos, que exigen investigación y estudio. Se ha exhibido una serie de instrumentos musicales, desde las pequeñas chirimías o las modestas carracas hasta los maravillosos órganos. Se han suministrado imágenes en pinturas y esculturas de instrumentos hoy casi desaparecidos, y unidos a ellos obras de pintura y escultura que tienen como tema la música, los ángeles músicos, y nos dan testimonio de la importancia de la música y los instrumentos musicales a lo largo de nuestra historia. En la exposición de Burgos, de documentos, hay una multitud de ellos que dan testimonio de costumbres, actuaciones, contratos y noticias que se habrían perdido sin la labor de conservación de la Iglesia (y esto a pesar de los enormes desastres que, para las bibliotecas y archivos y para las colecciones de objetos de todo tipo, supuso la desamortización). Y estos documentos son en su mayoría interesantes, así para la Religión como para las Ciencias, la Historia, el Derecho, las costumbres o la Investigación. (No me resisto a citar como ejemplo el documento expuesto en Burgos, conservado en el Archivo de la catedral de Salamanca, fechado en 1445, por el que se ha podido demostrar que el maravilloso retablo de la catedral Vieja fue encargado a «Nicolás Florentino, pintor, por el Cabildo de Salamanca para pintar por 75.000 maravedís...»).

El patrimonio cultural de Castilla-León

LA exposición ha venido a consagrar la extraordinaria riqueza e importancia del Patrimonio Cultural de esa región, Castilla, que toma el testigo de Asturias y León, y cuya extensión histórica es aún mayor que los límites de la comunidad actual, puesto que, por ejemplo, Rioja y parte del hoy País Vasco son el origen más claro de Castilla y aquélla es la cuna del castellano con el monje de San Millán de la Cogolla. La Iglesia fue sin duda, durante siglos, la gran demandante de bienes culturales y a ella acudieron artistas no sólo de otras zonas de España, sino también de Europa, pero los principales autores de la platería, forja, retablos, edificaciones, libros, documentos, composiciones musicales, son los hijos de

esa tierra que, al mismo tiempo que luchaban o se defendían para mantener sus creencias y su cultura, desarrollaban una labor creadora en el campo de las artes, que muy pocos pueblos pueden presentar.

La riqueza del patrimonio, la generosidad del mecenazgo empresarial-institucional de la Caja de Ahorros de Salamanca y Soria, y el apoyo del poder político, confluyeron para poner de relieve la importancia cultural de la región. Y ello, no cabe duda, ha producido una serie de efectos positivos: mejor conocimiento y estima del Patrimonio histórico-artístico, puesta a disposición, de forma inteligible, de los destinatarios que son los habitantes pasados, presentes y futuros de esa tierra, e incremento de los estudios y trabajos sobre obras a veces olvidadas, mal conocidas o subestimadas. Y esto es una consecuencia de Las Edades del Hombre que perdurará en el tiempo eliminando ya para siempre el riesgo que a todo patrimonio cultural mal conocido afecta.

Las catedrales

LAS Edades del Hombre han producido un asombroso descubrimiento para la mayoría: las catedrales. Esto puede parecer una insensatez o una ingenuidad... ¿Cómo es posible descubrir las catedrales de Valladolid, de Burgos, de León o de Salamanca? Todo el mundo las conoce y las ha visitado, se podría decir. Y en parte es verdad. No sé cuantas veces las había visitado yo mismo. Probablemente docenas de veces. Pero no las había llegado a ver. Quizá por mi culpa, pero quizá también porque estaban siempre medio cerradas. Y era natural. No es posible, por razones de seguridad y de costo, tener abierto todo, expuesto todo, iluminado todo en una catedral. Estas exposiciones, y éste es otro de sus méritos, nos las han enseñado. A veces me asalta la duda de si en ellas el marco ha superado al cuadro. Probablemente no es eso, es que «las almas de la exposición» tuvieron el enorme acierto de poner las cosas en el ambiente para el que simbólicamente nacieron. Ver esas catedrales iluminadas, pudiendo sentarse a mirar sus bóvedas, sus capillas, su arquitectura, sus muebles, ha sido algo excepcional. Sin duda ha valido la pena el esfuerzo de cerrarlas en parte y transitoriamente al culto, para que los ciudadanos, los cristianos de hoy, tan distintos de aquellos que las elevaron, establezcan de nuevo un diálogo cordial con los colosales templos. Para no citar ejemplos sino de la actual exposición, iqué oportunidad la de acercarse en la vieja catedral románica de Salamanca al retablo de Gaddi del altar mayor y qué acierto el de utilizar las pantallas

de televisión para poder apreciar los detalles de las 56 tablas a los que no llegan los ojos por mucho que te acerques! ¡Qué posibilidad la de ver los sepulcros románicos y góticos de esa catedral a la altura original, o la de visitar plenamente iluminadas y explicadas la Capilla Dorada, o la Capilla de Anaya o las capillas mozárabe y de Gados dedicadas al estudio, con los libros que en ellas se usaron!

El ejemplo

LAS Edades del Hombre pusieron de relieve el interés que existe por esas grandes exposiciones bien hechas. Como he comentado, el éxito alcanzó niveles de sorpresa. Y como consecuencia el ejemplo cundió. No han faltado últimamente buenas exposiciones en España, pero la utilización de las catedrales o de edificios históricos importantes como marco que realzara enormemente el contenido debe bastante a la iniciativa castellana. Creo que es lícito pensar que, sin ese precedente, difícilmente hubieran sido como fueron otras grandes exposiciones, en las que se ha notado su influencia. Pensemos por lo menos en las siguientes:

«Galicia no tempo» en el Monasterio de San Martín Pinario en Santiago de Compostela, mostrándonos otras riquísimas colecciones de una región con una historia y una personalidad extraordinarias.

«Reyes y Mecenas» en el Hospital de Santa Cruz de Toledo, que aunque con un carácter distinto, no estrictamente regional, y contándonos la historia de las relaciones de los diversos reinos de los Habsburgo, fue una gran aportación a la historia del mecenazgo de reyes y nobles de Castilla y España.

«Magna Hispalensis», la extraordinaria exposición en la catedral de Sevilla con motivo del Quinto Centenario, que puso al alcance de todos los asombrosos tesoros de la catedral más grande de España y llevó también a conocerla y a disfrutar de sus bellezas a muchos que fueron a Sevilla atraídos por otras ofertas y que descubrieron el sin par valor de su Patrimonio.

«Orígenes», la exposición realizada en la catedral de Oviedo, inspirada sin duda en los ejemplos citados, que pone de relieve las riquezas del pequeño, en tamaño, reino desde el que se inició la Reconquista de una Hispania enriquecida por la cultura árabe.

Y la exposición para exaltar la figura de Santa Teresa, y estudiar también su época y los efectos de la vida y obra de la Santa Doctora, celebrada en la catedral de Ávila.

Investigación y restauración

LAS Edades del Hombre han servido además para producir unos efectos beneficiosos de largo alcance, como son el descubrimiento o redescubrimiento de muchas obras de arte sacadas del olvido; restaurar, aprovechando el mecenazgo, gran parte de las piezas expuestas; aumentar el trabajo y la especialización en una actividad tan importante como la restauración; y dar más impulso a una tarea esencial, la de inventariar el riquísimo patrimonio cultural de la Iglesia. Éste se ha enriquecido con el descubrimiento de millares de partituras musicales y con más de un millar de estudios monográficos contenidos en los catálogos de que hablaremos después.

Pensemos que en la exposición de libros y documentos, en Burgos y en las otras cuatro en ciudades españolas, hay en cada una más de doscientas obras que han sido restauradas, estudiadas y por lo tanto inventariadas, es decir casi mil obras. Estas cifras comparadas con los cientos de miles de objetos a inventariar pueden parecer mínimas, pero el efecto ha sido y seguirá siendo enormemente positivo.

Como decíamos más arriba, se ha tratado de hacer estables todos estos efectos, y para ello se ha creado en 1994 la «Fundación Las Edades del Hombre», que tiene entre sus fines «continuar y aun ampliar el diálogo *fe-cultura en todas sus posibles dimensiones*», y cuyo fin esencial es «la promoción de la evangelización en el campo de la cultura. Los instrumentos a utilizar son la conservación, promoción, desarrollo, protección y fomento del patrimonio histórico-artístico y cultural, propiedad de las Diócesis Católicas radicadas en la Comunidad Autónoma de Castilla y León, así como toda clase de estudios, investigaciones y actividades sociales, económicas, culturales y artísticas en el ámbito de la Comunidad de Castilla y León que contribuyan a su conocimiento y al de las finalidades para el que fue creado».

La publicación de unos magníficos Catálogos, en los que han colaborado más de cien especialistas en los diversos mundos de la creación artística y cultural a que se extendieron los objetos expuestos. Es tradicional desde hace algunos años que con motivo de las exposiciones se haga un esfuerzo de investigación y difusión de las obras expuestas, que produce unos catálogos que se convierten en libros de obligada consulta para muchas de ellas. También en esto Las Edades del Hombre han sido ejemplares. Desde el primer Catálogo de Valladolid hasta el último del Burgo de Osma, su lectura está llena de alicientes y de información interesante. Como nadie es especialista de todo, estos catálogos, vendidos también en cifras sorprendentes,

interesan no sólo al público deseoso de aprender, sino a los aficionados o entendidos y hasta a los dedicados a las materias artísticas o culturales. La colección de esos catálogos es probablemente hoy la información resumida más interesante y asequible sobre el fantástico patrimonio cultural de Castilla y León.

Dispersión y seguridad

LAS Edades del Hombre han puesto de relieve la enorme dispersión del patrimonio que venimos contemplando. Es evidente que las grandes catedrales y monasterios aportan al conjunto bienes muy importantes; pero es sorprendente la cantidad de piezas notabilísimas que hay en pequeños lugares, algunos venidos a menos pero otros que fueron siempre pequeños. Es sin duda fruto de la religiosidad dominante hasta el siglo XVIII, que hace que pequeñas comunidades levantaran iglesias que parecen desproporcionadas en relación a las villas o lugares, y que después las dotaran magnánimamente. Retablos, tallas, cálices, esmaltes, maravillosas obras de platería, cuadros de pintores de gran calidad, se conservan en pueblos cuyos nombres apenas conocemos: Requejo, Gumiel de Izán, Pampliega, Santibáñez de Zarzaguda, Fuenteguinaldo, Ciguñuela, Manzanillo, Nava del Rey, Olivares de Duero, Morales del Vino, Cisneros de Campos, Castil de Lences, Haza, Brías, etc.

Todo esto nos debe hacer reflexionar sobre la necesidad de conservar con seguridad todos esos bienes —recordemos los robos frecuentes en iglesias y expolios como el de Roda de Isabena— y de coordinar esa seguridad con el derecho de esos pueblos mientras sigan poblados y atendidas sus iglesias. El problema es muy difícil porque evidentemente estas obras se crearon para fines sacros y no estéticos. Por ello en principio el lugar más idóneo para esas imágenes y objetos de culto, como han recordado los obispos, es aquel para el que fueron destinados. Pero los mismos obispos añaden que «mientras exista una comunidad capaz de celebrar su fe y participar en los servicios religiosos y siempre que cuente con las debidas garantías de seguridad».

Es magnífico que los pueblos hayan podido conservar esas obras y estén orgullosos de tenerlas, pero es preciso pensar en unas medidas de seguridad que concilien los diferentes intereses, y eso a veces es muy difícil de conseguir. Algunas diócesis han resuelto acertadamente el problema con la creación de Museos Diocesanos. La prudencia debe ser la virtud que ayude a tomar las decisiones más adecuadas.

Muy relacionado con éste, está otro efecto de Las Edades del Hombre, que es el incremento de la estimación de lo propio. La restauración, exhibición y éxito de público y crítica de muchas de las obras expuestas, a las que sus propios vecinos, por acostumbrados, apenas valoraban, ha provocado un legítimo orgullo por lo que hicieron sus ancestros, por lo que se guarda en su iglesia, y en conjunto por la historia de toda la región. Esto tiene además otro efecto positivo, que es el de cuidar y valorar más las obras de arte, hasta las aparentemente más modestas, los trabajos en piedra, o en madera, los artesonados, los ornamentos sagrados y en general todos los bienes de valor histórico o artístico. Y este efecto es importantísimo para su conservación. Porque sólo cuando el pueblo, los ciudadanos, valoran lo que tienen, se asegura su conservación. Por falta de cultura y por otras causas, hasta legislativas, se han derribado en los pueblos casas de arquitectura popular de gran interés, que se podían haber rehabilitado si se estimaran, sustituyéndolas por horribles casas modernas con fachadas de materiales absolutamente ajenos y ofensivos al entorno.

Arte antiguo y moderno

DE una forma consciente la exposición de Salamanca se propuso la presencia conjunta del arte antiguo y el moderno. Naturalmente no se trata de comparar las obras antiguas con las contemporáneas. Lo que probablemente pretendió la exposición es dar a conocer la forma de reaccionar los artistas modernos ante los estímulos de la fe, o como ha dicho Cristóbal Halffter: *«promover la creación de unas determinadas obras que, naciendo de los criterios estéticos y estilísticos propios del mundo en que vivimos, se instalen en ese mundo de la misma forma que se instalaron en el suyo los objetos del pasado que contemplamos»*.

La Iglesia trata de conectar con las personas de cada generación. Uno de los medios de ese diálogo es a través de la utilización de los artistas con la música, la arquitectura y las demás artes para transmitir el mensaje evangélico. Existen iniciativas y realidades, templos modernos que tratan de cumplir para esta sociedad lo que las obras de arte y sus templos supusieron para aquellas sociedades. Pero probablemente la sociedad actual, más laica y distante, no colabora con fuerza suficiente a hacer posible un arte religioso. Eso se nota incluso en los Museos Vaticanos, si comparamos el interés que suscitan las colecciones clásicas con el Museo de Arte Contemporáneo en el que están representados muy importantes artistas actuales. En Salamanca no fal-

taron los aciertos y por ejemplo algunas esculturas de Venancio Blanco resistían perfectamente la comparación del arte moderno con el antiguo. La exposición hace visible el contraste entre lo que significan ahora y significaron las obras del pasado y lo que pueden ofrecer las obras del presente. Creo que éstas, cuando tienen verdadero valor artístico, cumplen la misma función que las antiguas. Pero me temo que esta falta de asentamiento de los ensayos actuales produzca una cierta desorientación en la Iglesia como mecenanas y en los fieles. Éste es uno de los temas pendientes. Juan Pablo II en Munich, en 1980, en su discurso dirigido a los artistas, invitó a *«todos los creadores de arte para promover una nueva cooperación y diálogo con la Iglesia y a descubrir de nuevo la profunda dimensión espiritual-religiosa que el arte ha señalado en todos los tiempos en las formas de expresión más nobles y elevadas»*. Y esto no sólo en la civilización occidental y cristiana, sino en todas las civilizaciones de todos los continentes.

El mecenazgo

FINALMENTE, una consecuencia muy importante de Las Edades del Hombre es la confirmación y vulgarización de la importancia del mecenazgo. Este gran trabajo ha sido posible gracias al patrocinio inicial y mantenido de una institución, la Caja de Ahorros de Salamanca y Soria, que ha aportado los recursos iniciales y el apoyo constante para que no faltaran los medios económicos. A ellos se ha unido después la Junta de Castilla y León, y en algunas sedes otras Cajas de Ahorro locales. Sin entrar en la discusión de dónde termina el mecenazgo y donde empieza el patrocinio, es evidente que aquí se han dado los dos rasgos: el más puro del mecenazgo de ayudar o financiar una iniciativa «por amor al arte», y el de la elevación del prestigio del patrocinador ante sus «clientes» como consecuencia de su actuación, que en este caso eran los ciudadanos de Castilla y León en primer lugar, y el resto de los visitantes después.

En este caso se produce un mecenazgo especial, porque participa una entidad pública como es la Junta entre cuyos fines y obligaciones está naturalmente la defensa del Patrimonio Cultural de su territorio. Pero el que esto forme parte de sus obligaciones no disminuye en nada su mérito porque en el campo de la Cultura no es moneda corriente que los organismos públicos cumplan eficaz e inteligentemente su papel.

Quiero aprovechar esta ocasión de mecenazgo ejemplar y exitoso, para recordar algo de lo dicho en la reunión de los ministros europeos de Cultura

de 1987, en Sintra. La comunicación de la delegación española reconoció la conveniencia de estimular la participación de la financiación privada en el mundo cultural y la necesidad de una legislación fiscal que la estimule, cosa que aún no hemos hecho en España adecuadamente, pues la reciente Ley de Incentivos Fiscales de 1994 es claramente insuficiente. Una de las tareas pendientes es sin duda la modificación de esa Ley y una regulación del mecenazgo, en sus distintas manifestaciones, que coincida con las recomendaciones de aquella reunión europea en las que se dijo entre otras cosas: «No se puede dudar en favorecer el mecenazgo, estimulando a las fundaciones, empresas y particulares con desgravaciones fiscales y con medidas legales que eliminen los obstáculos económicos y psicológicos», o «La institución ideal de financiación cultural sería aquella en que el sector público y el privado colaboren estrechamente», que ha sido precisamente el sistema de financiación utilizado en Las Edades del Hombre.

El éxito del mecenazgo en esta gran obra que ha sido Las Edades del Hombre debería servir para que el legislador se diera cuenta de algo tan elemental, pero que nuestros Ministerios de Hacienda no han comprendido nunca: que las medidas fiscales favorables al mecenazgo que tanto les cuesta establecer no disminuyen los recursos del Estado, sino que los aumentan porque inducen a los particulares —empresas, personas físicas o jurídicas— a consagrar más dinero a obras de carácter cultural, que, si así no fuese, tendrían que ser realizadas por el Estado, al que nada menos que la Constitución, en el artículo 46, impone la obligación de conservación, promoción y enriquecimiento del Patrimonio Cultural Español.